

PROFESOR GERARDO REICHEL-DOLMATOFF

Salzburgo, marzo 12, 1.912;

Bogotá, mayo 17, 1.994

Gerardo Reichel-Dolmatoff se hubiera llamado a sí mismo un lector incorregible. Vivió siempre rodeado de libros y no había libro o revista en su biblioteca personal que no hubiera leído. Sus frecuentes visitas a las librerías de Londres, Oxford, París, Los Angeles y las colecciones conseguidas en Bogotá, especialmente en las librerías de viejo, iban seguidas de interminables horas de lectura en su encierro solitario en Bogotá. Al hablar con él, rodeado de sus libros, se sentía qué tan extraordinario es poder gozar del amor por los estudios y del tiempo libre para la lectura. Fue un privilegiado que pudo hacer en su vida lo que quería, estudiar lo que verdaderamente le interesaba, sin ningún compromiso social, académico, ni mucho menos político. Gozó de la libertad de escribir con honestidad lo que pensaba y cuando oficialmente en Colombia le censuraron el manuscrito del segundo tomo de *Los Kogi*, él mismo financió la publicación, pero nunca permitió que se le recortara o modificara su obra. Su legado de artículos, reseñas y libros muestra su independencia intelectual. Tienen la frescura de la pasión por el saber y la sencillez del humanista que tiene la capacidad de escribir para todo tipo de lector sobre otras sociedades y culturas contemporáneas, o ya desaparecidas. Su ideal como científico, a través de sus escritos, era comunicar al lector los conceptos que tienen los indígenas sobre su relación con la naturaleza, para mostrar la necesidad de conseguir una convivencia sosegada, discreta y en equilibrio. Su meta como humanista, fue lograr que las culturas aborígenes se hicieran humanamente comprensibles para las culturas de occidente, y de esta manera corregir el racismo, los prejuicios, las distorsiones, los estereotipos y la intolerancia. Este es su legado para la humanidad.

Reichel-Dolmatoff nació bajo el imperio austro-húngaro, en Salzburgo, en el Castillo de Arenberg, otorgado a su familia por el Arzobispo de la diócesis

local. La familia de su madre pertenecía a la nobleza de los zares de Rusia, y su padre, a una vieja familia austríaca de naturalistas, biólogos y médicos. Su niñez estuvo marcada no sólo por la convivencia en un ambiente en donde se encontraron varias culturas, lenguas y razas diferentes como el Mediterráneo, los Alpes, el mundo eslavo y germánico, Bizancio, sino también por la convivencia familiar de padres de dos mundos diferentes. De su madre aprendió el ruso y las historias narradas por ella marcaron su gusto por el folclor y la literatura oral. Los ocho años de su educación secundaria, en la cual predominó el estudio del mundo clásico, los pasó interno en el colegio de los monjes benedictinos en Kremsmüster. Allí recibió con rigor y disciplina la mejor educación que los niños europeos privilegiados podían adquirir. Además del alemán y el ruso, pronto aprendió a leer los clásicos en latín y griego. La capacidad de manejo de otros idiomas fue, a lo largo de su vida, extraordinaria.

Terminados sus estudios universitarios en Munich, se fue a París en donde ingresó a la Sorbonne. Uno de sus maestros, André Siegfried, le recomendó hacer un viaje por Colombia antes de pasar a los Estados Unidos, en donde tenía pensado radicarse. Así, en 1939, con 27 años, llegó al país del que ya nunca volvió a salir en una forma definitiva. La luz del trópico, la población indígena existente, el estallido de la segunda guerra mundial que ya se había previsto, la llegada a Colombia de Paul Rivet en 1940 como exiliado político de la guerra y el grupo de estudiosos que inmediatamente se formó a su alrededor y, quizá lo más importante, el encuentro con la colombiana Alicia Dussán Maldonado, hicieron que cambiara sus planes y su vida tomara otro rumbo.

En una mañana de paseo por la Sabana de Bogotá, en un mercado de cerámica y artesanías locales, se conocieron y desde entonces el amor los unió para siempre. Doña Alicia, como afectuosamente la llamábamos sus estudiantes, fue la mujer perfecta e ideal para un hombre tan extraordinariamente sensible, inteligente, pero también difícil. Difícil en el sentido que lo que más apreciaba en su vida era el silencio y el tiempo libre para sus estudios. Como esposa, compañera, madre de sus cuatro hijos, amiga, colega, fue la mujer insuperable que le permitió hacer de su vida y su trabajo lo que realmente quería. Compartieron, inmensamente felices el uno con el otro, más de medio siglo. Juntos hicieron muchas de las investigaciones en arqueología y etnología; juntos recorrieron Colombia arriesgando sus vidas, pero también gozando de

la mutua compañía. Sinceramente no creo que él hubiera tenido el valor de seguir viviendo si ella se hubiera ido primero; pero ella, sobreponiéndose al dolor y al vacío inmenso sin su compañía, después de su muerte ha puesto todas sus energías en continuar la tarea de edición de los manuscritos que se había comprometido a entregar a las editoriales, especialmente aquellos trabajos con su informante indígena, Antonio Guzmán. Gracias al esfuerzo de esta compañera que tanto lo supo amar, él pudo decir de sí mismo, que había sido y seguía siendo el privilegiado que había encontrado en su trabajo diario su pasión.

Reichel-Dolmatoff fue en Colombia el investigador solitario, incomprendido, aislado del resto de los antropólogos colombianos. Respetado y aclamado por académicos europeos como Lévi-Strauss, como una de las más grandes figuras del pensamiento antropológico en Sudamérica en el siglo XX, su obra en Colombia no ha tenido la acogida ni el merecimiento otorgados en el resto del mundo. Sus incursiones en la burocracia y malentendidos con algunos colegas del Instituto Colombiano de Antropología, como también de la Universidad de los Andes, en donde fue junto con su esposa el fundador del departamento de antropología en la década de los sesenta, fueron a la larga experiencias amargas, que lo llevaron a encerrarse en su casa en Bogotá y a defender su privacidad contra cualquier intrusión. Los reconocimientos oficiales otorgados por algunas instituciones colombianas al final de su vida, los recibió con la calma y tranquilidad que produce haber gozado de una larga vida.

Su formación amplia, humanista, de disciplina rigurosa, su educación europea clásica, su convencimiento de que la universidad es ante todo el lugar para adquirir conocimientos, más que para ganar un diploma y más tarde un empleo, hicieron muy difícil su intento de formar estudiantes en la Universidad de los Andes. Al final de los sesenta, especialmente en 1968, cuando los movimientos estudiantiles de rebeldía en París, Berkeley y Tokio, de una manera u otra influyeron en los recintos universitarios, no hubo ya espacio para que este maestro pudiera entenderse con los estudiantes. Los Reichel, que habían estudiado la oferta de crear una escuela de antropología —con la finalidad de motivar a los futuros antropólogos a estudiar las culturas indígenas próximas a desaparecer, como también de continuar con la investigación arqueológica— no daban cabida en sus clases a la charlatanería política, a las proposiciones mediocres pseudomarxistas de integrar a los indios y a las

críticas de uno de sus colegas del departamento, el líder que alentaba a los estudiantes a proponer cambios en el programa establecido para la carrera. De los cinco años que los Reichel pasaron en los Andes, los primeros cuatro fueron muy agradables. Para quienes en ese lapso tuvimos el privilegio de escuchar sus clases, de compartir su pasión por el estudio de los indígenas sin pretender cambiarlos, de tener a mano y poder tocar el material arqueológico de sus excavaciones, de gozar de sus conversaciones y gran sentido del humor, de oír su voz calmada y segura, su figura es una memoria imborrable. Tuve la inmensa gratificación y honor de haber tenido, durante mis años de formación universitaria, a los Reichel como maestros y de nunca haber perdido el contacto con ellos.

En 1973 Reichel-Dolmatoff se vinculó al departamento de antropología de la Universidad de California, en Los Angeles, cargo que mantuvo hasta el final de sus días. Durante el otoño y la primavera dictaba seminarios o atendía a los estudiantes graduados, pudiendo dedicar el resto del año a trabajar y estudiar tranquilamente en su casa. Nunca tomó un descanso o vacaciones en ningún lugar del mundo; cuando lo recorrió lo hizo siempre a propósito de sus estudios. Los últimos veranos de su vida los pasó felizmente con su esposa en Oxford, gozando de la hospitalidad que su amigo y colega Malcom Deas generosamente les ofrecía, yendo diariamente a leer en la Bodleian. Caminar por las calles de Oxford, asistir a conciertos y atender los servicios religiosos de Christ Church, gozando de la música y voces del exquisito coro, fueron las últimas satisfacciones de su vida. Sus cenizas, guardadas para siempre en un monasterio benedictino de Medellín, acompañarán el eco de los cantos gregorianos y la música religiosa que siendo niño tantas veces oyó en su tierra natal.

Inés Sanmiguel